



UN NEOLOGISMO: TECHO SEMANTICO

Prof. Raúl Muñoz Chaut

“Somos una civilización científica. Eso significa una civilización en la que el saber y su integridad son factores cruciales. Ciencia no es más (ni menos) que una palabra latina que significa conocimiento... nuestro destino es el conocimiento”.

Muy poca gente discute en nuestro días que la COMUNICACIÓN es una de las áreas que más atención concita para investigar, proponer teorías y realizar experiencias con el objeto de definir un adecuado marco de referencia en su trabajo científico.

Avalan lo recién afirmado los siguientes hechos: el incremento, tanto cualitativo como cuantitativo, de las investigaciones que surgen en los centros de formación de comunicadores sociales; el aumento, en los países desarrollados, de fondos para la investigación por parte de la industria y el gobierno. Por ejemplo, en U.S.A., la Surgeon General destinó más de un millón de

dólares en investigaciones para estudiar las relaciones entre la violencia por T.V. y la conducta agresiva de los espectadores; asimismo la National Science Foundation ha invertido fuertes sumas en la televisión por cable y en la determinación de métodos efectivos para comunicar al público la información científica; la programación de cursos sobre teoría de la comunicación en la mayoría de los planes de las facultades, escuelas y departamentos de comunicación en todo el mundo; y la urgente necesidad de programar postgrados en comunicación para satisfacer las necesidades crecientes del mundo moderno. Es por ello que muchos países latinoamericanos se encuentran abocados a la realización de estos programas y para eso existe ya una conexión internacional con las naciones precursoras, entre ellas Chile.

Todo lo anterior sirve para decir que las exigencias académicas y el papel que le corresponde a la universidad deben estar en continua revisión. La razón de esto es que la antigua formación ha quedado obsoleta hace tiempo. La necesidad de preparar buenos profesionales para los medios de comunicación solamente, ha sido superada y con largueza. Ello no significa que no se requiera de periodistas que cumplan su misión, sino que el ámbito de su ejercicio se ha vuelto más complejo y trascendental, dando origen al comunicador social. La idea del "cuarto poder" debiera ser revisada, puesto que, tal vez, el comunicador social y la comunicación social han saltado algunos lugares. Quizá sea, hoy por hoy, el "primer poder".

Es así como algunas áreas que antes no se estimaban interesantes más que en un sentido muy práctico y técnico, han pasado a constituirse, en estos momentos, en pilares dentro del ámbito de la Comunicación Social.

Es lo que ha ocurrido con, por ejemplo, la lingüística y, muy especialmente, con el campo de la semiología. No hace tantos años se estimaba que la introducción de esas disciplinas no era necesaria en la formación de los periodistas. Sin embargo, el tiempo le ha dado la razón a los pioneros en esta aventura.

El lenguaje no es sólo la aplicación de normas correctivas que señalan el buen o mal uso de lo que se estima como válido. Esa es una parte bastante mínima en el espectro total. Estamos hablando de comunicación y, si observamos someramente cómo la gente se comunica, debemos concluir que lo que menos actúa es la parte correctiva. Las jergas, los modismos, los regionalismos, los niveles sociales son la mejor prueba de ello.

Cualquier intencionalidad que se invoque para estudiar el lenguaje es legítima, pero hay grados de profundidad que marcan las diferencias. Alguien se puede maravillar y centrar su atención en los elementos mismos del lenguaje, tratando de descubrir su ordenamiento y relación; en el análisis histórico del mismo; en su empleo, tanto en el nivel personal como grupal; o como otros en el intento de descubrir principios de validez universal por razones de carácter simplemente biológico, derivadas de las características mentales de la especie humana. Es decir, en lo último está la vieja idea de considerar al lenguaje como un espejo de la mente, en tanto se considera producto de la inteligencia humana, creado y recreado en cada individuo mediante diversas operaciones que parecen o son ajenas a su voluntad o conciencia. La esperanza, en definitiva, de lograr cierta comprensión respecto de las características de la inteligencia del hombre y aprender algo acerca de su naturaleza, algo que efectivamente sea significativo.

Cualquiera lengua humana tiene tres componentes básicos, los cuales, por razones metodológicas, se separan para su estudio. Sin embargo, se debe insistir en lo obvio que, justamente por serlo, no se ve: constituyen un todo, interdependientes e indisolublemente unidos. Estos tres componentes son el nivel fonológico y fonético, el nivel sintáctico y el nivel semántico. Lo que más interesa al problema de la comunicación es sin duda el último, sin dejar de señalar e insistir que los tres son básicos y fundamentales. Pero la hipótesis es que la semántica de un idioma puede verse como una serie de sistemas de reglas constitutivas que crean o definen nuevas formas de comportamiento y que, además, lo que algunos autores definen como actos de

elocución, son actos de comunicación que se ejecutan de acuerdo con estas reglas constitutivas. Al hablar de actos se está señalando que la comunicación lingüística envuelve intenciones. De aquí nace, entonces, el interés por estudiar y comprender mejor antiguos problemas de larga data en la filosofía del lenguaje, como la relación entre éste y el pensamiento.

Al decir de Vigotsky, el proceso mediante el cual transformamos el pensamiento en lenguaje verbal debe tener como inicio un motivo que engendra el pensamiento, luego la formación del mismo, en primera instancia en lenguaje interno y luego en lenguaje externo para llegar finalmente a su expresión en palabras.

De alguna manera esto está conectado con la expresión de otros lingüistas en términos de que la lengua es un sistema que media entre el universo del significado y el universo del sonido. Si a esto agregamos que una lengua contiene un número de unidades conceptualmente mayor que cualquier otro sistema de comunicación natural y que, ciertamente, cambia, son razones más que suficientes para justificar su inclusión en cualquier estudio sistemático de la comunicación social.

El cambio semántico y el cambio fonético sirven para separar o alejar la estructura de una lengua con el proceso de simbolización, aumentando la distancia final entre una estructura semántica y su salida fonética final.

Como señalan algunos autores, existe una variedad de procesos postsemánticos que operan en todas las lenguas para convertir una estructura semántica en lo que Chomsky ha denominado una estructura de superficie. Y esto estaría originado por la necesidad de que las estructuras semánticas, que perfectamente podemos pensar no están ordenadas linealmente, se conviertan en configuraciones de carácter lineal apropiadas para convertirse en sonidos y, además, porque existiría una fuerza hacia la economía en la salida fonética (los outputs).

Estas condicionantes darían como resultados concretos los siguientes fenómenos: a) el nacimiento de un significado nuevo a partir de otro viejo en un contexto determinado; por ejemplo, la palabra choro cuya acepción, según la Academia, es la de mejillón en Chile y de ratero, ladrón en España y otros países, para nosotros asume nuevos significados cuando hablamos de un "tipo choro" o un "gallo choro" e inclusive de "una galla chora"; b) los modismos como ocurre con "Fulano soltó la pepa", con "hay que echarse el pollo", etc.; y c) la supresión de unidades semánticas mediante la pronominalización como queda de manifiesto en una oración como "El lo trajo acá" o "Ellos trajeron eso", en las cuales se oculta la información o se omite porque se supone conocida.

La visión tradicional sobre el lenguaje ha incorporado la noción de *composición*, la cual significa que unidades más complejas están compuestas de otras más simples o más pequeñas. Por ejemplo, la palabra está compuesta de sonidos, una frase de palabras, una cláusula de frases, una oración de cláusulas y así sucesivamente; y de la noción de *correlación*, esto es, cada palabra está correlacionada con uno o más significados.

Por lo tanto, es posible que cada lengua, en tanto estructura, puede ser descrita en términos de dos planos: forma y significado, o expresión y contenido. Y el plano de la expresión del lenguaje puede ser descrito en términos de dos niveles: el de los sonidos y aquel de las palabras. Los sonidos pertenecientes a una lengua son descritos por la fonología; la forma de sus palabras y la manera de su combinación en frases, cláusulas y oraciones son propias del campo de la sintaxis; en tanto que el significado, o contenido, de las palabras (y de las unidades que lo componen) pertenece al ámbito de la semántica.

Al respecto, muchos lingüistas hablan de la doble articulación del lenguaje. Muchas veces esta aseveración, que es una creación del francés André Martinet, se entiende equivocadamente, puesto que ella sólo se refiere al doble plano de la expresión y el contenido. Sirve para señalar el hecho de que las

unidades que están en el nivel de la segunda articulación son unidades *discretas*, dotadas sólo de forma vocal, carecen de sentido y no tienen otra función que la de combinarse entre sí para definir el SIGNIFICADO de las unidades colocadas en la denominada primera articulación. Mediante ellas los hombres transmiten hechos comunes de experiencias, ocurren en cierta posición dentro del sistema de la lengua, cumplen funciones gramaticales y conllevan los valores de significación.

Es en virtud de esta doble estructura que es posible representar económicamente muchos miles de palabras diferentes. En cada caso, cada palabra puede ser representada por una combinación diferente mediante un número de sonidos relativamente pequeño, al igual como un conjunto infinito de números naturales son distinguidos en la dotación decimal normal por una diferente combinación de los diez dígitos básicos.

En esa primera articulación, cada lengua posee su propia estructura semántica, pero las estructuras semánticas muchas veces son distintas a las estructuras de superficie (salida fonética).

En un amplio sentido, la estructura de la lengua implica el siguiente proceso: una configuración de conceptos que puede estar asociada, pero no necesariamente, con una comunicación intencionada, la cual se produce en el sistema nervioso de un ser humano, quien es llevado a convertir esos conceptos en sonidos. El sonido se propaga hasta cualquier persona o personas que estén al alcance de la percepción y de manera normal es reconvertido, en los sistemas nerviosos de éstas, en una imagen de conceptos originales. La imagen, en general, es imperfecta por distintas razones.

Si a todo lo anterior le sumamos que hay una relación directa entre los niveles del conocimiento y los niveles de la información en términos de la existencia de un primer nivel de carácter descriptivo ligado a un nivel de conocimiento que resulta sensible a los componentes formales de un fenómeno; de un segundo

estadio de tipo explicativo referido a las relaciones causales de los hechos, determinando sus aspectos esenciales, universales, constantes, etc., resulta evidente que esta conceptualización requiere un detenido análisis; y de un tercer nivel predictivo con el cual estaremos hablando de un nivel evaluativo en el sentido que señala valores, permite juzgar y establecer las tendencias evolutivas posibles de los hechos a partir de un conocimiento muy acabado de los mismos, tendremos una buena explicación para la categorización del periodismo en términos de informativo, interpretativo y de opinión, aunque el tercer concepto merecería una revisión porque no aparece como el más acertado para el nivel consignado.

Dejo de lado, por el momento, toda la problemática que origina hablar de comunicación intrapersonal, comunicación interpersonal y comunicación masiva, para no extenderme demasiado en el punto central de lo que quiero plantear.

Lo que deseo señalar, en esta ocasión, es que considerar la comunicación de manera simplista es un gravísimo error. Creo haber dado suficientes elementos de reflexión para demostrar que se trata de un campo sumamente complejo y variado.

Hay un hecho, teórico por cierto, que nos hace pensar que quien habla crea una estructura semántica y la convierte en sonido, pero más bien se puede pensar que el que escucha, no crea una estructura fonética y la convierte en significado. Por lo tanto, el proceso llamado de decodificación habría que plantearlo en otros términos. Yo diría que es esencialmente en el terreno semántico. Si ello resultará así, propongo el término de *techo semántico* para configurar el momento de la efectiva comunicación y su grado de eficacia.

Hay bastante acuerdo para señalar que en todo acto de lectura o del escuchar, el estímulo del signo verbal no tiene respuesta predeterminada. Cada individuo responde de manera distinta ante las fijaciones del oído o de la vista, ante los conjuntos de fonemas o de grafemas identificados, varían los contenidos de

memoria a corto plazo, los residuos de memoria a largo plazo, como asimismo el momento y circunstancias de lectura o audición. Ello estaría indicando que cada persona, por lo tanto, posee su propia estructura semántica, la cual no se mantiene rígida ni estática pero que por diversas circunstancias tiene un tope, el cual he denominado con la expresión techo semántico.

Por eso es de vital importancia reconocer una media de "techos semánticos" que, en el caso de la comunicación masiva, permita establecer patrones de comportamiento lingüístico que no estén sólo guiados por la mera intuición o "tincada".

Hay muchísimos puntos que se pueden seguir desarrollando, mas la intencionalidad ha sido plantear una nueva perspectiva a una discusión siempre abierta. Puesto que toda persona enfrentada al estudio del lenguaje y de la mente va a encontrar problemas y misterios. Los primeros están o son posibles de someter a enfoques y conceptos, en tanto los segundos permanecen en la oscuridad desde el momento en que han sido formulados. Sin embargo, el atractivo de ambos sigue vigente y en aumento.